

La soledad del escrito

La soledad del escrito

Eduardo Parody

Primera edición, 2015

© Eduardo Parody, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944712-3-0



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A mamá, causante de que leyera
A papá, causante de que escribiera
A Ana, sufridora de ambas aficiones

Primera parte

Descubriendo al Escritor

Capítulo 0 – La ventana

Observando desde la ventana de mi habitación de la casa de mis padres, en este noveno piso con vistas, aún sigo preguntándome dónde empieza la frontera que separa ambos lados del mundo. A veces lograba imaginármela como la valla de Melilla, en la que en lugar de personas desesperadas saltando e intentando encontrar una alternativa a sus miserables condiciones de vida, la Imaginación, y todos sus habitantes, trataba de sortear el muro de lo Real, de lo evidente, de las leyes físicas, de las cosas que pesan, de lo que es imposible, de lo contrastable y asible. Volvía entonces a los pensamientos circulares que tanto se habían adueñado de mí en el último año y reflexionaba sobre la posibilidad de que alguien llegase a creer alguna vez que lo que teníamos en la cabeza pudiese salir al exterior de una forma más real que las propias ideas difusas que normalmente almacenamos. Como si no fuese suficiente con las expresiones culturales más intensas y absolutas como la escritura, la música, la pintura, la escultura y las demás materializaciones del arte. Como si necesitásemos un nivel superior, una forma más intensa e impactante de conocer lo que vaga por nuestro cerebro.

Mi vida se había rodeado de tantos acontecimientos inexplicables que, al escucharlos, nadie podría pensar algo diferente a que me encontraba loco, que debía pedir cita al psicólogo o al psiquiatra, que había perdido la razón y la

coherencia, que representaba un peligro para mí mismo y para mi entorno. Cuántas veces había oído que debía centrarme, que debía intentar recuperar el rumbo, como si eso ahora fuese posible. Como si los propios sucesos acaecidos me permitiesen centrar mi atención en algo más interesante que lo que hacía cada día desde hacía seis meses: mirar a través de la ventana de mi cuarto.

Marina, la enfermera, había terminado hacía media hora conmigo. Estaba contratada por las mañanas, unas cuatro horas. Era también fisioterapeuta, y se ocupaba de mantener en un tono aceptable mi estado físico con ejercicios de rehabilitación, pero hacía de todo, y además de mi baño matutino ayudaba a mi madre en las tareas del hogar. Se había convertido en alguien más de la familia, y para mis padres suponía una ayuda indispensable, ya que por su avanzada edad no podían ocuparse solos de la carga que suponía atender a un minusválido.

—¿Cómo se encuentra hoy, Ernesto? —me solía preguntar alegre, con ese acento sudamericano tan exótico y agradable, al llegar cada día por la mañana.

Pues estoy harto, Marina, hasta los cojones. Me cuesta pensar que en esto va a consistir el resto de mi vida. Me cuesta pensar en la silla de ruedas, en la cama reclinable. Me humilla que me tengas que bañar y limpiar el pipí y la caca. Odio tener que depender de la gente. Detesto ser una carga.

—Pues bien, Marina, bien —le contestaba siempre.

No he pegado ojo en toda la noche, no puedo dormir, no puedo regresar a los sueños, a esos en los que una vez me encontré tan a gusto. Me han cerrado las puertas del descanso. Me han echado del lugar donde podía hacer lo que quería, aquel lugar en el que todo era posible.

—Hoy he dormido más o menos bien —continuaba diciéndole.

—¡Uy, qué bueno mi Ernesto! —decía ella—. Pues entonces tendrás fuerzas para la gimnasia de hoy, ¿no?

—Hombre, claro, ¡para ti siempre estoy disponible! —contestaba yo.

—Ok, ¡pues comencemos!

Así empezaba nuestra rutina, maquillando mis propios sentimientos. Una vez terminábamos la gimnasia, comenzaba el baño, y, finalizado este, le proponía que me dejase unos minutos a solas frente a la ventana de mi habitación, que disponía de una buena perspectiva, un horizonte lejano mucho más agradable que las cuatro paredes a las que me había acostumbrado a estar durante la mayor parte del día. Ese era el ritual de cada día, de lunes a viernes. Los sábados y domingos eran más aburridos, pues mi única distracción, que era la gimnasia y la alegría de estar en presencia de Marina, no se producía, y todo se reducía a esperar: a que pasase el sábado y transcurriese el domingo con alguna visita esporádica de algún familiar o amigo, para volver a empezar el lunes con la misma rutina de siempre. Esperar para hacer lo mismo.

¿Habéis conocido lo que significa vivir sin motivación, no tener ningún objetivo que cumplir? ¿Habéis experimentado el paso de los días sin otra distracción que despertarse, pasar un tiempo en estado de vigilia, y volver a acostarse para intentar lo que no puedes hacer, dormir, hasta que llega la mañana del día después y todo vuelve a repetirse? ¿Sabéis lo que significa vivir sin esperanza? ¿Vivir porque hay que vivir, hacerlo sin ninguna otra razón?

Cada vez que pienso en cómo he llegado a esta situación se me aparecen conceptos en la cabeza como los de locura e incompreensión, unidos a los de estupidez e inverosimilitud. Hace un año era una persona como otra cualquiera, ilusionado con mi incipiente proyecto personal y laboral, motivado por haber

decidido al fin intentar hacer de mi ocio mi negocio. Tenía mi casa, mi novia, mis expectativas. Me familiarizaba con la creatividad, con lo que significaba estar diariamente expuesto a lo que producía mi propio intelecto, y no a informes o repeticiones de trabajos a los que te destinaba el mundo laboral mayoritariamente disponible. Me apoyaba en mis experiencias personales, en mis viajes, en mis lecturas, en mi imaginación. Tenía ante mí el manejo de mis propias ideas, podía palpar mi motivación por el nuevo objetivo y la ilusión y entrega por cumplirlo.

Todo eso había desaparecido para mí, y había involucrado con ello a mis padres, que no sólo tenían que cargar con las consecuencias de un hijo insensato, sino ahora también paralítico. Había confundido y espantado a mi novia, incomprendida ante la degradación mental y posteriormente física a la que me había dirigido. Fui un estúpido por creer lo increíble, por pensar que lo utópico podía ser real. Fui un imbécil por dejarme llevar por él, por sus palabras, por hacer caso a unas amenazas incoherentes, por seguirle el juego a alguien al que ningún adulto en su sano juicio le habría dedicado ni dos segundos de su pensamiento. Había abandonado lo seguro por lo inalcanzable, y ahora me encontraba sin una cosa ni la otra.

Quizás me lo merezca. Quizás la panorámica desde mi ventana sólo sea una metáfora de aquello que una vez creí alcanzar y que nunca jamás podré volver a tocar. Por eso cada día me refugio aquí, en esta “pantalla” real, a la vista del que fue mi río, mi ciudad, las calles y barrios que un día llegué a sobrevolar por las alturas como si de un Águila imperial ibérica supervisando sus dominios se tratase. Y los miro con pena. Con nostalgia. Con rabia.

Capítulo 1 – La carta

La primera vez que se puso en contacto conmigo fue un lunes por la mañana. Lo recuerdo muy bien porque un lunes por la mañana nunca se olvida. Un lunes por la mañana aparece siempre como una bofetada: rápida, cruel, violenta, inmisericorde. Y ese lunes por la mañana, al leer aquella carta, me sentí algo más confuso y aturdido, si cabe, que el resto de lunes por la mañana que había vivido hasta entonces.

La detecté nada más abrir la puerta de casa, en el suelo, sin sobre, un folio boca abajo olvidado en la entrada. Solté la maleta y alcancé el papel, más preocupado en el asunto en el que llevaba inmerso los últimos meses que en comprender mi reciente hallazgo. Quizás el subconsciente me decía que no sería más que una publicidad lanzada a través de la rendija de la puerta en lugar de abandonada en el buzón. Estaba manuscrita, algo bastante extraño, ya que hoy día muy poca gente pierde la oportunidad de utilizar el ordenador para este tipo de contactos. La tuve que leer dos veces. La primera no fui consciente de que fuesen letras que tuviesen un sentido, pues simplemente las unía produciendo palabras y estas formando frases. En mi cerebro aquello no se traducía correctamente, lo único que tenía cabida entonces era lo que había estado haciendo los días anteriores. Al terminar de leerla por primera vez comprendí que no había entendido nada, así que pasé al salón, me senté en el sofá, y me dispuse a repetir la acción

pero ahora con la atención centrada de todos mis sentidos. Y lo que estos sentidos procesaron cuando terminé resultó ser como un violento puñetazo al impactar contra mi cara. Si a aquella hora de la mañana no estaba aún despierto, esa carta logró hacerlo en un instante, situándome en estado de alerta: algo grave e incomprensible tenía entre manos.

Veinticuatro horas antes me encontraba en domingo, como era de esperar, y había concluido dos semanas de estricta reclusión, casi sin salir de una habitación, encerrado ante el ordenador, intentando dar forma a la estructura y contenido principal de la novela en la que estaba trabajando. Entonces me esmeraba en uno de los procesos que más pereza me producían: recoger mis pertenencias, hacer las maletas, ordenar lo desordenado. Al día siguiente temprano volvería a mi casa con la sensación, eso sí, de haber aprovechado el tiempo, con la satisfacción idílica del trabajo bien hecho. Llevaba un par de meses dándole vueltas a la historia central, la ambientación, la época, la trama, los personajes principales, los secundarios y la forma de enlazarlos. Había algo que no acababa de comprender del todo, y las numerosas interrupciones que trabajar en casa conllevaba me impedían concentrarme al cien por cien en lo que estaba haciendo. Era consciente que por más que dedicase minutos y horas a escribir palabras, estas no expresaban la idea que realmente estaba interesado en trasladar, pues cuando me acercaba a un momento de máxima concentración, en aquellos puntuales instantes en los que se producen los grandes picos creativos, sonaba el móvil, o el timbre de la puerta de casa, o un aviso de que tenía un nuevo *mail*, o cualquiera de las múltiples variedades en las que se sustenta la procrastinación. Así que un día le dije a Alba que necesitaba encontrar un lugar aislado en el que pudiese dedicar mi entera

concentración a la consecución de mis objetivos inmediatos: parir mi primera novela. Debía irme, olvidarme durante unos días de ella, de mi familia, de mis amigos, de internet, del móvil, de la televisión, de los ruidos del vecino y del cartero llamando a la puerta.

Después de mucho buscar, un amigo me habló de una casa que tenía casi abandonada en un lugar apartado del mundanal ruido. Un pequeño pueblo en el norte de Huelva, a poco más de cien kilómetros de mi ciudad, llamado Linares de la Sierra. Un hermoso lugar de retiro, en el que entre semana casi se pueden contar sus habitantes con los dedos de una mano. Justo lo que necesitaba.

Conduciendo hacia allí, admiraba durante el trayecto los paisajes bucólicos de la naturaleza en otoño, los pinos, encinas y alcornoques siendo atrapados por las nubes bajas, ese ambiente fresco que invitaba a introducirse en un salón con chimenea y ver desde la ventana la silueta que dibujan los montes en el horizonte, mientras el sol luchaba contra las inclemencias meteorológicas por hacerse un pequeño hueco y mostrar su fugaz luminosidad antes de volver a ser ocultado por las nubes. Admiraba esos paisajes porque eran los que más despertaban mi imaginación. Por más que lo había intentado, el ladrillo y el asfalto no lograban provocar en mí un estado de creatividad semejante al que me producía la contemplación de la naturaleza.

Fue en una pequeña casa rural donde me aislé esos días, donde logré alcanzar un estado de concentración suficiente para encauzar la historia que no cesaba de oprimir mi cabeza exigiendo libertad. Me fui para cinco días y acabé quedándome dos semanas. Nunca antes había tenido la oportunidad de alejarme tanto del mundo para centrar todo mi potencial en un solo asunto, y los resultados,

estimaba entonces, habían sido alentadores. En aquella casa no había televisión, no había internet, casi nunca había cobertura en el móvil, no conocía a nadie del pueblo, estaba completamente solo. Yo frente a mi creatividad.

Ya tenía la trama más o menos resuelta, el personaje principal estaba más que descrito, y los secundarios los tenía controlados y definidos. Encontraba el argumento original, y el mensaje sobre el que trataba la historia, bien identificado. Habían resultado unos días muy bien aprovechados y volvía a constatar que la tecnología era un fabricante de distracciones fabuloso, y que alejarse de ella, al menos de vez en cuando, conducía a la máxima producción creativa posible, si es que tu objetivo está centrado en producir algo nuevo y no dispones de mucho tiempo para llevarlo a cabo.

En esos días me di cuenta de que siempre había estado persiguiendo el silencio, aunque nunca había logrado alcanzarlo. He vivido rodeado de ruidos desde pequeño, pues en un piso con cuatro hermanos siempre había una celebración, una fiesta, una discusión, un televisor o un equipo de música encendido, un piano sonando, una obra en la casa del vecino de arriba o el de abajo, el tapicero, el afilador, los coches pasando por la avenida a la que daba la ventana del salón, el huevero llamando a la puerta, el de correos, el gracioso de turno que presiona todos los botones del telefonillo, etc.

Cuando ya siendo joven me independicé, después de dejarlo con la que pensaba que siempre iba a formar parte de mi vida, Ingrid, y fui a parar a un piso en el centro de la ciudad, en una calle tranquila, poco transitada y estrecha, sólo tuvo que transcurrir una noche para conocer el verdadero ruido en su máxima expresión: el del camión de la limpieza cada día a las cuatro de la mañana, lloviese, tronase o diluviase. La primera noche pensé, con el susto

de aquel sonido brusco, que al fin los extraterrestres habían venido a por mí, y que al abrir la ventana me encontraría una nave suspendida a la altura de mi balcón esperando a que me decidiera a subirme y viajar con ellos hacia el espacio exterior. Pero no fue eso lo que hallé. Cuando abrí la puerta de la terraza con los ojos como platos, preparado para toparme con aquello en lo que mi estado de ensoñación me había hecho pensar, lo que vi fue a Juan gritándole a Pepe que le diese más fuerza a la manguera con la que limpiaba el acerado, que girase un poquito el camión para dejarle superficie de calle a la que dirigir el agua a presión, a lo que Pepe, concentrado en el manejo de los cepillos que portaba el vehículo y que limpiaban el suelo por el que este pasaba en una suerte de alboroto infinito, caos, y destrucción, no podía escuchar. Esa sería la película que cada día, entre las cuatro y las cinco de la mañana, escucharía durante los tres años que viví en aquel piso. Juan y Pepe pasaron a ser las dos personas en las que más planéé realizar mis necesidades fisiológicas, tanto hacia ellos, como a sus familias, a la empresa de limpieza en la que trabajaban y al ayuntamiento que los contrataba y les programaba ese horario. Mis más crueles pensamientos se centraron durante esos años en aquellos dos señores hasta entonces tan desconocidos para mí. El silencio, aquel que buscaba con todas mis ganas, tampoco lo encontraría allí.

Una serie de casualidades que no vienen al caso detallar llevó consigo un nuevo traslado hacia un piso algo más grande, en un barrio con más salero, y en una calle, al parecer, más tranquila. Ese fue el mismo piso donde encontré la primera carta, y el resto de ellas. Pero yo estaba ya advertido de la experiencia de haber vivido en una calle sin tránsito, y lo que ello había significado al final, así que aunque todos me decían que allí no iba a tener ningún

problema de ruidos, no acabé de creerlo. Y efectivamente, poco tardó en aparecer el foco de emisión. Cuando la calle es tranquila, cuando sólo el cantar de los pájaros en la mañana sacude el silencio deseado en una suerte de armonía que me trasladaba a la más maravillosa de las praderas, aparecieron las molestias en forma de vecino de arriba. Las casas modernas están construidas con muros cada vez más finos, es cierto, pero los tacones de las mujeres que allí viven suelen estar dotados de esa capacidad en la que ni un muro de hormigón de medio metro podría impedir la transmisión de sus decibelios. Y eso fue sólo un aviso, porque a ello le siguieron los gritos al comunicarse con su compañera de piso, las duchas a altas horas de la noche, la PlayStation en su habitación y, lo peor, la convivencia con su propio novio. Todo el día produciendo todo tipo de ruidos justo en la habitación en la que solía escribir y dormir. Mi utopía, el silencio absoluto, que era mi gozo, fue a parar a un pozo. Resultaba imposible alcanzarlo, me daba por vencido.

Por esa razón, llegado a ese nivel de estrés compositivo, decidí alejarme un tiempo de todas esas distracciones y, al menos, detallar las líneas maestras que compondrían mi *Opera Prima*, aquella que daría cumplimiento a mi Plan B, la que lograría hacerme un hueco en el mundo al que quería pertenecer, el de los libros, el de la literatura, el de la imaginación. Hacía unos meses que había sido despedido de mi puesto de trabajo habitual, en el que fabricaba informes como churros que nadie se leía, y estaba ilusionado con escribir algo que tuviese alguna repercusión, que resultase interesante para una cantidad de personas al menos mayor que la que leía aquellos informes. Estaba dispuesto a poner en marcha un sueño en el que sabía que tenía algo que decir. Y fue entonces cuando me encontré con esto:

A/A Ernesto Perdido

Te creerás muy bueno en lo tuyo, ¿verdad? Piensas que actúas de manera coherente, que eres capaz de hacer sentir cosas a los demás que no están a la altura de cualquiera, ¿eh? Lo has hecho sin pensar en las consecuencias, atendiendo sólo a aquello que podría afectarte a ti, pero sin tener en cuenta a los demás. Lo has hecho a conciencia, pensándolo detenidamente, y eso es lo peor de todo, ¿cuántas horas has dedicado a urdir toda esta historia? Permíteme que te lo diga claramente, es una auténtica mierda, no tiene ningún futuro, no te mereces ese apelativo que estas buscando apropiarte por todos los medios. La mediocridad te persigue, y lo malo es que eres más lento que ella, luego pronto logrará alcanzarte. Pero en todo caso, ese es tu problema, tú sabrás cómo resolverlo. Lo que ocurre es que me has arrastrado a mí en el intento. No tenías derecho a hacerlo pero lo hiciste, y no voy a descansar hasta conseguir que pagues por ello. Ten cuidado por dónde andes y con quién lo hagas, pues yo siempre estaré allí, detrás de ti, delante, al lado. No voy a dejarte en paz, no te daré descanso. Has arruinado mi vida, y ahora el único sentido que encuentro es conseguir arruinararte la tuya. Recuerda que fuiste tú el que empezaste. Lo mereces.

Y así finalizaban esas letras, escritas de manera apresurada a juzgar por el trazo de las mismas. Amenazas sin firma alguna, y acusándome de cosas que no lograba comprender. ¿Se podría considerar que me encontraba ante un riesgo de muerte? ¿Estaba ante un simple loco que actuaba sin pensar? Pero eso sí que no

tenía sentido, ¿por qué un loco iba a intentar amedrentarme? Yo no era nadie famoso, no era conocido, no tenía recuerdo de haber hecho nada malo a nadie. Si el autor de esa carta fuese un loco, tendría más opciones si se dirigiese a alguien relevante, a alguien que tuviese responsabilidad e importancia a nivel social, o económico, o de influencias. Sí, bueno, yo escribía artículos en algún periódico y tenía un blog de viajes, pero en fin, sabía que mi nivel de repercusión era ínfimo. Yo era un cero a la izquierda, un olvidado, un parado, un despojo de la sociedad. Estaba a un paso de convertirme en un mendigo, pues en breve se me terminaría la prestación del paro, la que me estaba permitiendo sobrevivir mientras intentaba poner en marcha mi utopía escritora.

No esperaba ese comienzo de semana. Mi alegría, aquella que contenía la felicidad de haber puesto los cimientos de mi primera novela, se había visto sacudida por aquella misiva, la primera amenaza de ¿muerte? que había recibido en mi vida.

Capítulo 2 – Ernesto y Alba

Lo primero que hice es lo que habría hecho cualquier persona en mi lugar. Tras pasar un par de horas preguntándome a qué podría deberse esa amenaza y de quién podría provenir, dando un repaso mental a todo mi círculo de amigos, familiares y conocidos, analizando si tenía algún asunto pendiente con alguien, decidí olvidarlo y hacer como si nada hubiese ocurrido. La solución más fácil siempre era la más probable, lo oí o leí en alguna parte, así que supuse que el que había introducido esa carta por debajo de mi puerta había sido un gracioso, quizás un vecino, o alguien que se había confundido de destinatario.

—¿Pero cómo se va a confundir alguien con eso, Ernesto? —me dijo Alba, alterada, cuando le puse al día de los acontecimientos, una vez volvió del instituto donde trabajaba—. ¡Está dirigida a ti, aquí lo pone, en la parte de arriba, “A/A Ernesto Perdido”! —dijo señalando firmemente al papel.

Era cierto, en mis narices me estaba diciendo que me podía hacer el tonto si era eso lo que deseaba, pero que debía saber sin lugar a duda que ella sabía que me estaba haciendo el tonto.

—Bueno, esto... a ver... —intenté defenderme desde el sofá en el que me había sentado a ver las noticias y constatar que no me había perdido nada: seguían hablando de los mismos asuntos sin importancia de siempre—. He pensado en todas las posibilidades, Alba, y no logro dar con nadie que me desee un mal tan grande

como para enviarme esta nota. Creo que se debe a una broma de mal gusto que alguien está intentando gastarme, y lo mejor que podemos hacer es no darle importancia. El gracioso de turno estará esperando a que le demos publicidad a esto y entonces saldrá a la luz para decirme “¡Ah! ¡Has caído!”. Cualquiera de mis primos es capaz de eso y lo sabes, Alba, o alguno de mis amigos...

—No me parece lógico, voy a preguntarlo por el grupo de *WhatsApp* de tu familia...

—¡No, Alba! —protesté yo—, no preguntes, por favor. Ya verás cómo no es nada.

—Pero no lo entiendo, Ernesto, ¿cómo no quieres saber a qué se debe? Aunque sea una broma, una estúpida broma de las que suelen hacer alguno de ellos, es mejor descubrirlo ahora que dejarlo ahí sin resolver, ¿no?

Me levanté y me acerqué a ella. Aquello requería de un nivel más de convencimiento. La miré a los ojos, intentando aparentar seguridad, esa seguridad que un hombre acaba aprendiendo a lo largo de su vida imaginando que debe ser la que traslade como cabeza de familia.

—Alba, no pienso dejar esto sin resolver. Lo voy a solucionar de verdad, pero déjame hacerlo a mi manera...

—¿A tu manera es dejar que se arregle solo? —dijo ella, sarcásticamente.

—No, Alba —dije yo, intentando ser contundente—, descubriré quién lo ha hecho, descubriré al gracioso que se encuentra detrás de esta broma, pero lo voy a hacer con más tiempo. Acabo de llegar tras dos semanas de reclusión con la cabeza puesta en mi novela. He estado durante más tiempo en mi mundo imaginado que en el real, no puedo entrar tan rápidamente de nuevo en este, dame un poco de tiempo...

—Bueno, vale, si es eso lo que necesitas, ok —dijo, mientras se dirigía hacia la cocina, de esa forma en la que era capaz de decir “Haz lo que quieras” cuando lo que realmente quería era preguntar “¿Por qué no haces lo que yo te digo?”.

De repente me asaltó una duda. Cuando leí la carta, entre los primeros que pensé que podrían haber perpetrado algo así estaba ella misma. Ella era la única persona que vivía conmigo, la única capaz de situar el papel donde lo encontré, si exceptuamos la posibilidad de alguien que lo hubiese introducido por la rendija.

—Oye, Alba —le dije, antes de que desapareciese por la puerta de la cocina.

—¿Qué? —contestó ella molesta, de esa manera en la que se podía deducir que no estaba del todo contenta con mi decisión.

—No habrás sido tú, ¿no? —le dije, dibujando una pequeña sonrisa, ladeando la cabeza, como queriendo decir alto “¡te he pillado!”.

—Ernesto... —ella movió la cabeza de un lado a otro, cansada, dirigiendo los ojos al cielo.

—¡Has sido tú! —concluí.

—¿Pero qué dices, Ernesto? ¿Cómo voy a escribir yo eso? ¿Me ves capaz de poner en marcha una amenaza de este calibre como si fuese una broma? Eso es sólo posible que lo hagan tus amigos, que están todos locos —dijo, mientras se metía en la cocina—. ¡Como tú! ¡Estáis chalados! —se oyó desde lo lejos.

Me acomodé en el sofá con el mando de la televisión en la mano, dispuesto a darme un atracón de telebasura que me hiciese volver de manera brusca al mundo que había abandonado durante aquellos días. Yo tampoco creía que la carta fuese material para algo jocoso, no le veía la gracia por ninguna parte. Si bien estaba acostumbrado a bromas pesadas en algunos círculos en los que me

movía, achacar ese folio manuscrito que tenía delante a un intento de que alguien conocido levantase su mano, me señalase y se riese, no tenía ni pies ni cabeza. Esto parecía ser más serio.

Estando allí sentado, a pocas horas de haber vuelto de la sierra, y tras la charla con Alba, la preocupación de la que había intentado desprenderme volvió a invadirme de nuevo. Me fijé detenidamente en la letra, que estaba escrita no sólo de forma apresurada, sino como desganada, asemejando casi un garabato. El autor parecía haber mezclado la prisa con el desinterés, dando como resultado unos trazos difícilmente legibles, como el de los médicos al escribir las recetas. Si estuviese en la época de mi niñez y adolescencia, seguro que si aquella letra perteneciese a alguien familiar sabría identificar de quién se trataba, pues todas las comunicaciones escritas en esos años se realizaban con bolígrafo o lápiz. Sin embargo ahora no sería capaz de poner la mano en el fuego porque aquella caligrafía fuese la de alguien que yo pudiera conocer. Y es que de algún modo me parecía familiar, miraba la carta de nuevo y podía reconocer sus líneas, sus formas... Pero por más que reflexionaba no podía deducir su autor. Había algo en ella que me advertía “¡eh! ¡Aquí hay gato encerrado!”. Lástima que no me gustasen los gatos.

